

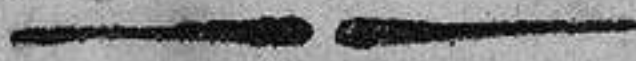
1/17213

~~LVI~~
~~B-102~~

INGRATITUDES

1/17213

DEL PUEBLO ESPAÑOL.



Se vende á trece cuartos en las librerías de Quirós, calle de Atocha, frente de los Gremios, y en la de Novillo, calle de la Concepcion Gerónima.

INGRATITUDES

DEL PUEBLO ESPAÑOL.



Se vende á tres cuartos en las librerías de Quirós, calle de Albornoz, frente de los Grupos, y en la de Novillo, calle de la Concepción. Madrid.

INGRATITUDES
DEL PUEBLO ESPAÑOL.

*Pulcra Laverna da mihi fallere, da
justo sanctoque videri . . .* Concédeme
divina Laverna el que yo pueda enganar
á mis conciudadanos haciendo del justo y
del benéfico. HORAC. LIB. 1.º EPIST. 16.

Ya que durante tres años cabales se han estado imprimiendo tan divinas claridades y tan heróicas desvergüenzas contra una multitud de individuos del pueblo español, sin que ninguna de ellas haya dejado de merecer alternativos aplausos, razon será tambien que echemos una buena paulina á este mismo pueblo aplaudidor, para que al fin de la jornada no se salga

riendo de la fiesta, sin haber pagado su escote. Bien conocemos la dificultad de acomodar las injurias mas sonoras á toda una nacion, ó á un pueblo entero, porque esa es la gran ventaja de que gozan los nombres colectivos de gran tamaño, los cuales, aunque estan expuestos á ser acusados y aun calumniados sobre algunos defectos, no pueden serlo por crímenes, por la sencillísima razon de que es imposible que los cometan. Por eso nos vamos á privar del gustazo de llamar *traidor* al pueblo español, ni de decirle á boca llena que es un *pícaro embustero, ladron, infame, rebelde y enemigo de su patria*, que son las indirectas mas usuales de nuestros *Huistrados publicistas*.

Mas ya que no podemos desahogar debidamente nuestra patriótica rabia, á lo menos es preciso declarar á la faz del mundo que no hay en todo él una nacion mas *ingrata* y que menos sensible se muestre á los beneficios recibidos, que la Española: y sino vamos á la prueba.

Ven acá, *pueblo español*, y confiesa

francamente. ¿ Con qué has pagado la fineza que te hicieron cuatro amigos el año doce de este siglo, vendiéndote por cosa tuya una Constitucion que no era tuya ni de ellos? ¿ Te parece moco de pabo haber llegado á persuadirte que tú mismo habias formado un nuevo código fundamental emanado de tus antiguas leyes y costumbres, cuando el tal código no era mas que una *copia literal*, sin que faltase coma ni tilde, de la Constitucion francesa del año de 1791 con sus ribetes de la de 1793? Pues qué, ¿ no hay mas sino dejarse regalar constituciones y constituciones tan costosas sin otra correspondencia de tu parte que la de tener á esos bienhechores por unos ambiciosuelos y pedantes? y es lo mas gracioso del caso, que te encontraste con esta magnífica finca en el mismo momento en que estabas derramando tu sangre por no admitir en tu seno cosa que oliese siquiera al nombre frances. Debiste, pues, á lo menos haberles pagado la traduccion ó devolverles el manuscrito, y no salir con el *ex abrupto*

con que saliste el año de catorce, cuya época no te quiero recordar por no abochornarte; y así vengamos á tiempos mas modernos. ¿Qué es lo que has hecho últimamente para recompensar á aquellos valientes hijos tuyos, que con una heroicidad sin ejemplo, supieron interrumpir las ominosas relaciones que aun conservabas con las Américas? ¿Qué prueba de agradecimiento has dado todavía á los que, puestos en la dura alternativa de ir adonde les mandaban, ó quedarse dentro de tu seno, prefirieron la amargura de declararse *héros* á sí mismos, al dulce placer de ir á batirse en tierras remotas? ¿Te parece que has cumplido con lo que les debes por haberlos trasformado de simples subalternos en generales y ministros, de pobres en ricos, y de hombres oscuros en caballeros y señorones? ¡Oh mezquina y adocenada recompensa, digna solo de aquellos miserables que en la antigua rutina ganaban una batalla en que se decidía la suerte de un reino, ó hacían otras bajezas de igual clase! ¿Y quién les abonará á

estos infelices los millones que pillaron vendiendo los enseres y utensilios de la Carraca? Pero todavía sería perdonable este rasgo de ingratitude, con tal que no hubiese venido mezclado con un cierto no sé qué de burla y de menosprecio. Porque, aun dado por supuesto, lo que no es de suponer, esto es, que el grito de las Cabezas no hubiese sido sino el grito de la sedición, de la desobediencia, y sobre todo de la cobardía, nunca venían al caso ni pegaban para nada esos malditos rumores que se han esparcido por el *pueblo español* de que los tales *gritadores cabezudos* fueron unos solemnes pillos, que despues de haber solicitado y recibido uno ó dos grados para ir á la expedicion de Ultramar, se dejaron corromper por los insurgentes americanos para impedir que ésta se realizase. Y no parece sino que el diablo es el que se encarga de propalar estas calumnias, porque no hay chico, ni grande, ni noble, ni plebeyo de cuantos componen el *pueblo español*, que no las haya recibido como verdades inconcusas. Esta es

pues, la primera y la mas bastarda ingratitude en que ha incurrido la *nación heroica del año veinte*; y que solo puede ya lavarse con un decreto de las Cortes en que se prohiba, bajo pena de pecado mortal, que nadie crea en lo sucesivo lo que haya creído hasta aquí, acerca de los motivos que produjeron el levantamiento de la Isla.

Mas ya que nombramos las Cortes ¿con qué podrá paliarse el desagravamiento que han experimentado ellas mismas, ya colectiva ya individualmente de este *ingratísimo pueblo* que es á quien le tocaba de justicia no solo reconocerlas si no tambien el nombrarlas? ¿Pudo llegar mas al cabo el menosprecio por una parte y la magnanimidad por otra? Convoca no sé quien al *pueblo español* para que concurra á elegir sus representantes en los dias y sitios designados por la constitucion *gaditana*, y el *pueblo español* se empeña en no acudir á la cita ni acercarse á media legua del lugar de las elecciones. Viendo que el pueblo no acude á esta pia-

dosa invitacion , preciso era que algunos de los que no eran *pueblo* acudiesen á suplir esta negligencia , y en efecto nombraron una cosa así á manera de cuerpo representativo ; que si bien no lo era del *pueblo español*, lo era de unos cuantos individuos de él.

Vinieron á Madrid estos santos varones, y cuando tú debieras haber salido á recibirles de rodillas como buena hija , pues que ellos se intitulan modestamente tus padres , no cesaste de cacarear los 40.000 reales que les dabas á cada uno , sin hacerte cargo de que acaso era este el primer dinero que veian la mayor parte de ellos. Compara esa cicatería tuya con la asombrosa generosidad de que inmediatamente empezaron á darte pruebas , y verás cuántos motivos tienes para abochornarte de tu ingratitud. ¿Quién sino ellos te hubiera proporcionado esos lucrosos empréstitos , que si hasta ahora han causado tu delicia , verás como en adelante labran tu felicidad ? ¿ Cuándo , ni por sueños , habias tú de haber ad-

quirido por tí sola tantas monedas francesas, que sin otra virtud que un ligerísimo juego de manos, pasaron á ser tan españolas como la mismísima constitución? ¿Y qué retribucion has concedido tú á aquel angel tutelar, que despues de haberlas comunicado hasta su propio título, sacrificó, no asi como quiera su honra, que esto no era mucho sacrificar, sino hasta su reposo, y segun él cuenta hasta su bolsillo? Bien sabes que desde entonces se vió reducido aquel infeliz á retirarse á esos desiertos de París y de Lóndres, donde no cesa de trabajar para que obtengas nuevos y nuevos empréstitos.

¿Pues qué diremos de la generosidad de aquellos ilustres fundadores, á quienes cogió el carro del año catorce estando empleados, los cuales no ha sido posible hacerles que se decidiesen á cobrar los réditos de sus sueldos vencidos, contentándose unicamente con la cobranza del capital? ¡Dichosa tú mil veces, *oh nacion española*, donde nacen y viven, y son aplaudidos y celebrados tales hombres

y tales hechos! Mira sino aquel otro legislador y fabricante á un mismo tiempo, como se resistió á pedir dinero prestado á nadie para plantear su fábrica de Asturias, prefiriéndote en el honor de tomar 300.000 reales de tu tesorería nacional, reembolsables en hierro colado si es que llegaba á fabricarlo. Fija tus heróicos ojos en aquella firmísima columnita de tu hacienda pública, y congratúlate y gózate de ver como ha prosperado la tuya al par de la suya; aquella adquiriendo miles de miles de inscripciones de papel, y esta algunas unidades de millones en pesos duros. Mira y remira la pausa y la serenidad con que se va deslizandó magestuosamente hácia las orillas del Oceano para plantarse en un barco, é ir á celebrar en Lóndres tus bondades y sus servicios. Observa con atención cual se irrita y como maldice la impudencia de los ministros actuales, sosteniendo de puntillas que no les tocaba robar todavía, *constitucionalmente hablando*. A buen seguro que no le correspondes tú con el mismo zelo pro-

hibiendo, como debieras, que nadie le tuviese, ni menos le apellidase, ladrón á boca llena, como lo estamos oyendo todos los dias por esas calles y plazuelas.

Igualmente ingrata te muestras con su medio tocayo de apellido sin haber acabado de fijar el concepto en que quisieras que le tuviesen. No ignoras que unos le llaman el *ambicioso disimulado*, otros el *necio presumido*, otros el *cortesano sin educacion*, otros el *republicano sin valor*, otros el *moderado de circunstancias*, otros el *empalagoso universal* y todos el *pedanton mas insufrible*. ¿Te parece que has cumplido con aguantar que algunos camaradas suyos le señalasen 60.000 reales anuales en tu nombre, cuando sabes y te consta que esa es una cantidad muy mezquina para un hombre que se ha empeñado en tener mayordomo? ¡Desdichada deidad que ni pudo sufrir el incienso que rodea al solio, ni acertó á bajar de él sino agarrada del brazo de Pluton, ni sostenerse en medio de la gavilla de los modernos titanes, ni inspirar confian-

za á sus estúpidos adoradores , ni seguir la senda del bien , ni engolfarse en el peligroso camino del mal , ni decir la verdad desnuda , ni guardar silencio en ningun caso , ni nada suponió ni pudo hacer sino mostrar un rencor impotente , y embolsarse una ignominiosa pensión arrancada por supercheria y sorpresa. Pero á tí te tocaba , *nación heroica* , recompensar sus sinsabores haciéndole marques ó conde , y con eso puede que consiguieras que callase despues de muerto.

Pero aun esto no es nada si se compara con el mal pago que has dado á aquel anciano Picio , orador de hierro , fundador de templos fortificados , perseguidor de nombres gloriosos , imitador del dulce Robespierre , y pretendiente á dictaduras y regencias. ¿ Cómo pudiste dudar de su ardiente amor á la justicia desde que le viste denunciar al propio alcayde de la prision en que se hallaba por haber tenido la condescendencia de permitirle ciertos desahogos que él mismo habia solicitado ? ¿ Qué juez no fué venal en su boca ? ¿ Qué eclesiástico

no fué un hipócrita? ; Qué militar no fué cobarde? ; Qué diputado no fué débil? ; Qué ministro no fué un pastelero? Pues todo esto y mucho mas era purísimo zelo por tu causa y no ambicion ni orgullo cínico, como has llegado á figurarte. Si tronó en el congreso contra todo hombre de bien, fué solo con el objeto de que se corrigiesen y variasen de conducta. Si fundó nuevos *clubs* nocturnos, fué solo para que se diesen á conocer de noche los que no pueden presentarse de dia. Si propuso una nueva constitucion con su poquito de regencia, no fué mas sino porque reconocia en sí vocacion y gana de ser uno de sus miembros. Si recomendó en la tribuna que se repusiesen las escenas de París durante el terrorismo, no era con el objeto de que se derramase tu sangre, sino la de los españoles. Si elogió durante el mes de julio último lo que nadie elogiaba, fué por seguir la antigua y generosa costumbre de ensalzar á los que suben, con tal que no sea á la horca; y si luego ha repetido por escrito lo que todo el mun-

do dice de palabra, es solo para manifestar la facilidad y soltura con que maneja la peñola.

Y tú entretanto ¿qué has hecho en su favor? Nada, á lo que yo entiendo, sino reirte cuando él hablaba en serio; dormirte cuando él mandaba que te alborotases; brindar con tus amigos cuando él proponía un degüello general, y por último pasear y divertirte mientras los alguaciles se entretenían con su persona. ¿Y negarás que esta sea una de las mas negras ingratitudes? Vuelve, vuelve sobre tí, *pueblo ingrato*, y acude á sacarle, aunque sea de debajo de la cama de su vieja doncellona, y hazle vestir de miliciano, y llévale en triunfo por esas calles, y paga de camino las deudas que tiene con todos los que le surten la casa, y despues de haberle sacado á vistas, manda pregonar un bando prohibiendo que nadie le tenga ni por *feo* ni por *perverso*.

¿Pero qué nos detenemos en bagatelas? Vuelve tú, *herbica y soberana cabeza* hácia el ancho camino de

tus provincias meridionales, y sostén, si puedes, las enojosas miradas de tantos y tan ilustres caudillos de tu gloriosa revolución, como van marchando paulatinamente á oponer sus intrépidas espaldas á los enemigos de tu prosperidad y de tu gloria. ¿Qué disculpa podrás darles el día en que te pidan cuenta de no haberlos seguido en persona, aun cuando no fuese para otra cosa mas que para escoltarlos durante el camino? ¿Párecete que al paso que ellos caminaban impávidos custodiando los carros de tu tesorería, cumplias tú con quedarte tapadito por el golpe, sonriéndote de ver sus convoyes, y murmurando del viaje y de los viajeros? Es posible, que siendo tú el *protosoberano de los Soberanos* te hayas privado del gusto de llevarte á tu Rey atado al carro de tu grandeza, abandonando el cuidado de hacerle los honores á los mismos que ya están abrumados con el peso de tantas honras? ¿Qué ilusión ha podido seducirte hasta el extremo de creer que ellos solos podían bastar á cantarle el Trágala,

sin que sus *adictas gargantas* llegáran á escocerse ó a desollarse?

Aun cuando no considerases otra cosa sino la fortaleza y la constancia con que desde luego se propusieron sobrellevar el grave peso de las siete secretarias, sin permitir que nadie arrimase el hombro para ayudarlos: aun cuando tu durísimo corazón no te permitiese agradecer debidamente los esfuerzos que han hecho para plantear una *mesa de Estado* durante el camino; y por último, aun cuando fueses capaz de olvidar que á ellos solos les debes el que se haya trasladado tu dinerito á Sevilla, sin experimentar casi ninguna pérdida en el cambio. ¿Con qué piensas remunerarles el magnífico presente que te dejaron por despedida, encomendándote el cuidado de sostener el peso de una guerra estrangera, no menos que la gloria de acabar otra civil tan encarnizada y tan hermosa como la que tienes en tu seno?

Bien sabes, *nacion heroica*, que por mas esfuerzos que hayan hecho tus hijos para degollarse unos á otros

en la mayor parte de las provincias, todavía no se ha podido lograr que en tantos y tan repetidos encuentros y batallas como se han dado, haya muerto ni un solo individuo de tu ejército permanente, á lo menos de un *modo oficial*. No puedes negar tampoco que siempre que tus valientes milicianos han salido á tomarse las barbas con las gavillas faciosas, nunca se ha verificado el caso de que dejen de matar, ó prender al gefe de ellas, dejando siempre el campo cubierto de cadáveres. No es esto decir que luego no hayan resucitado ó vuelto á presentarse casi todos ellos con mas ó menos fuerza; pero de esto maldita la culpa tiene el que los mató ó los prendió. Si los periodistas han tenido un empeño formal en publicar los triunfos de Besieres, Merino, Quesada, Ullman, Sampere y otros muchos, deprimiendo el valor y la fortuna de tus tropas nacionales, no es porque en el ministerio hubiesen dejado de encargales la mas rigurosa imparcialidad. Repasa, sino, repasa las sucintas columnas del con-

secuentísimo *Universal*, ó los modestos períodos del juicioso y maduro *Espectador*, y dínos luego si sus soldados han sido de carne y hueso como los demas hombres, ó si no se les deberia tener mas bien por hechos de argamasa.

No quisiéramos que olvidases tampoco la inmensidad de facultades que has adquirido de algun tiempo á esta parte, no solo respecto de tus súbditos, que al fin y al cabo son tan *soberanos* como tú mismo, sino tambien con respecto á las testas coronadas de otras naciones. Bien te acuerdas de que en otros tiempos de servil memoria, ni tú ni otros mas guapos se atrevian á llamar á los demas soberanos sino con el simple título de *el Rey de tal reyno; el Emperador de tal imperio, ó el Príncipe de tal principado*, en vez de que ahora, es decir, de dos años á esta parte, todos ó casi todos los que han hablado de ellos en tu nombre, han sabido prodigarles los honrosos dictados de *el borracho, el tragon, el inépto, el imbécil, el pérfido, el rufian y el parricida*. Y no así como quiera á este ó al otro monarca

de mala muerte, sino tambien á todos juntos llamándolos *club de conspiradores*, *tigres coronados* y otras agudezas que te han adquirido un realce y una gloria inmortal. Pero tú de todo te olvidas y en nada piensas menos, que en recompensar estas y otras adquisiciones que no te han costado el menor trabajo.

¿Con qué se remunerara tampoco ese generoso desprendimiento conque han sabido colgarte ó atribuirte tantos y tan útiles inventos como se han hecho en diferentes ramos? Porque sin hablar de la ingeniosa invencion del nuevo uso del *martillo*, que dijeron que era obra tuya, no lo siendo sino de los *caríbes*; y sin recordar tampoco la peregrina aplicacion del *jurado*, que fué otra especie de *martillo incruento* con que se ha machacado perpétuamente á la *razon* y á la *verdad*, ¿cuántas y cuántas otras cosas se han supuesto ser obra tuya, cediéndote el honor y la gloria de lo que ni siquiera habia pasado por tus mientes? *El pueblo soberano inventó la masonería*; el *pueblo sobe-*

rano eligió por representantes suyos á los comuneros; el *pueblo benéfico* quiere que se incendien las poblaciones de Cataluña; el *pueblo generoso* quiere que se deje morir de hambre á las viudas y á los huérfanos para que engorden los gritadores de la Fontana; el *pueblo fiel y leal* compone y canta canciones para escarnecer y vilipendiar á su Rey sagrado é inviolable; el *pueblo valiente é impávido* determina que los que le han metido en el atolladero de una guerra antinacional, huyan doscientas leguas delante del enemigo; el *pueblo grave y severo* elige por representantes en el cuerpo representativo á los que niegan la obediencia al gobierno representativo; el *pueblo sobrio* ha cifrado su salvacion en las borracheras y comilonas, y por último el *pueblo piadoso y humano* emprende el camino de la libertad por las sendas de la persecucion y de la intolerancia.

¿Y es posible que este mismo pueblo, que sin duda es acreedor á todos estos títulos, se empeñe en merecer tambien la nota de ingrato? No lo

permita mi Niño Jesus , ni tal se diga de la magnánima nacion española. Decrétese coronas cívicas á los que desde Sevilla y Cádiz han tenido valor para decir mil denuestos al duque y aun á la duquesa de Angulema, désele la gran cruz de san Fernando al que con mayor destreza y menos riesgos haya tomado todas las plazas abandonadas por los realistas : concédase una pension sobre las cajas de Californias al que haya sabido sacar mayor raja de los empréstitos : nombrese generalísimo de los desiertos de Arábia al autor de la ley orgánica del ejército : dénse los honores de ministro de hacienda de las casas de juego á los que por espacio de tres años han manejado la de España , y nómbrese procuradores síndicos perpétuos á los grandes que se han prestado á dar un mal impulso á la revolucion ; que con esto y con que todos gritemos á una voz *viva Riego* habremos logrado el fin inevitable de tales medios que será el de quedarnos sin camisa y sin honra.

NOTA.

No te recordamos de intento que agradezcas el último obsequio que te hicieron el 20 del corriente esos genizaros del jacobinismo, porque hay ciertas escenas que por su misma atrocidad se resisten al ridículo.



MADRID:

**IMPRESA DE DON FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.**

NOTA

No se recordamos de intento que
agradecemos el último capítulo que se
hicieron el 20 del corriente esos gran-
zanos del jacobinismo, porque hay
ciertas escenas que por su misma atro-
cidad se resisten al ridículo.

MADRID:

IMPRESA DE DON FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

